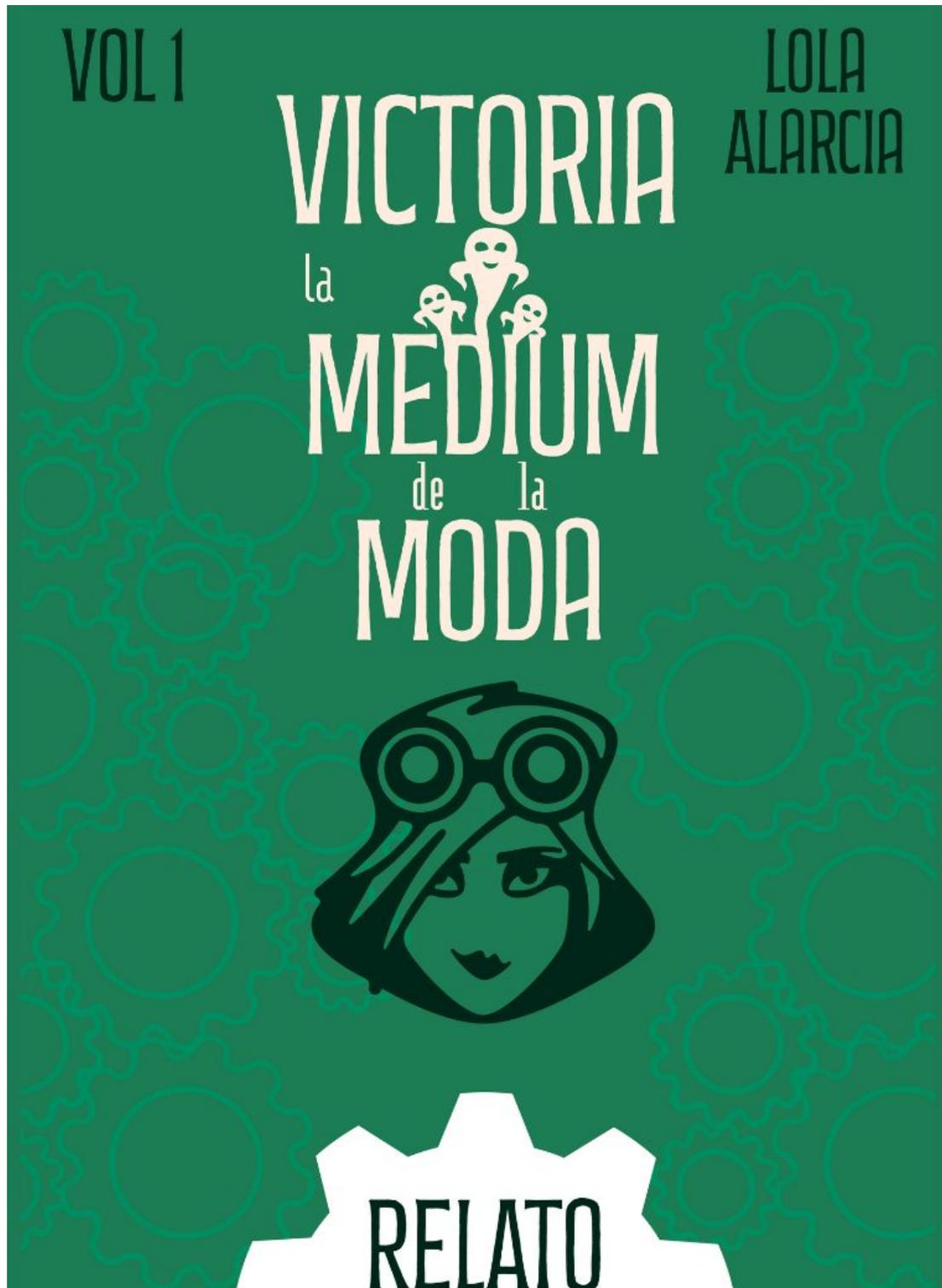


Vol 1 Victoria, la medium de la moda

Lola Alarcia



Capítulo 1

La luz natural era la mejor para trabajar. Victoria, sentada en la silla que había pertenecido a su antigua maestra, deslizaba la aguja, que volaba sobre la tela y dejaba su rastro de seda brillante allá por donde pasaba. Estaba sola, aún así se sentía custodiada por su particular ejército silencioso: los maniquíes en los que lucía sus últimos trabajos. Levantó la vista de la labor y buscó con los ojos entrecerrados las tijeras.

¿Otra vez las has perdido?

Aquella voz que escuchaba en su cabeza era la de su maestra, que siempre estaba regañándola cuando le pedía las tijeras y estas no aparecían por ninguna parte.

Ya no sabes ni reñirte a ti misma, que me sigues escuchando a mí.

Victoria sonrió y se levantó para tratar de dar con las tijeras en su empantanada mesa. Rápidamente las encontró, gracias a una solución ingeniosa que había implementado semanas atrás. Había unido las tijeras a su mesa mediante una cadena de bronce. El único problema era que había que dar con la cadena para seguir el rastro y su mesa estaba llena de todo tipo de trastos que dificultaban en extremo la tarea.

Volvió a la labor y justo al cortar el hilo escuchó la campanilla que anunciaba la entrada de una clienta. Victoria dejó el vestido sobre la silla, las tijeras en la mesa, se colocó la falda que había diseñado para cubrir sus cómodos pantalones y apartó las cortinas, que separaban el taller de costura, de la tienda.

—¡Buenos días, señorita Victoria! Necesito un vestido para la fiesta de esta noche. ¿Puede ayudarme?

—¡Por supuesto, señorita Clara! Es algo que hago todos los días, un vestido en —Victoria levantó la muñeca y vio que quedaban tres horas para las ocho de la tarde—, digamos, ¿dos horas?

—¡Sabía que venía al lugar adecuado, querida!

Clara se quitó el sombrero y Victoria vio que no había entrado sola. Junto a ella había un caballero muy elegante, aunque un poco gris: su padre, el señor Driven.

—Acompañenme al taller, por favor —les indicó Victoria sujetando las cortinas.

—¡Claro! Pero he venido sola, Victoria querida —dijo Clara mientras pasaba junto a ella.

—Ya, ya, perdone mi despiste —dijo Victoria guiñándole un ojo al señor Driven, que se quitó el sombrero al pasar junto a ella.

Victoria sacó el metro. A diferencia de las tijeras, siempre sabía dónde tenía el metro, porque se fabricó un cinturón con algunos compartimentos para llevar sus útiles de costurera a todas partes. Las tijeras tuvieron su propio enganche al cinturón, hasta el día en que se las clavó al sentarse y prefirió continuar con su búsqueda eterna en la mesa infernal de su taller.

—Señorita Driven —le dijo Victoria, anotando en un trozo de papel sus medidas—. ¿Podría indicarme algo sobre el traje que desea? ¿Es para una fiesta? ¿Para una visita social?

—Es para una fiesta, la de ese nuevo rico que la pretende —protestó el señor Driven. Victoria lo miró de reojo, lo justo para ver su ceño fruncido y su bigote encrespado.

—¿Para la fiesta del señor Warehouse? —soltó Victoria sorprendida.

—Al final voy a creer eso que dicen ti, querida Victoria —le contestó Clara sonriendo.

—¿Y qué dicen por ahí?

—Bueno, que eres vidente.

—¿Vidente yo? No, qué va, ha sido suerte, supongo.

Mientras Victoria tomaba las medidas, su mente corría a mil por hora para idear una solución. Clara, aunque era su clienta más exigente, también era la más valiosa. Hacer un vestido en tan solo un par de horas sería un verdadero reto.

El señor Driven se alejó de ellas y Victoria no quiso ver qué hacía. Las dos mujeres se acercaron a un perchero en el que colgaban vestidos de gala a medio confeccionar. Clara no parecía estar muy conforme con la idea, pero Victoria se lo explicó lo más dulcemente que pudo. No podía coser un vestido decente desde cero en tan poco tiempo. Eligió un par de vestidos de seda y terciopelo de color zafiro, el preferido de Clara, y la convenció para que se los probara.

—Este color está pensado para las mujeres con el rubio rosado que usted tiene, Clara —le dijo y la joven se marchó encantada detrás del biombo

que hacía las veces de probador.

El señor Driven se acercó a Victoria y le pidió que le entregara a su hija el vestido que estaba en el maniquí que señalaba, un hermoso dos piezas de seda pura y pedrería. Era un vestido muy arriesgado que había diseñado la propia Victoria por placer.

—Señor Driven, todas las chicas llevarán vestidos opulentos y pomposos. Ese vestido no está pensado para la moda actual, me temo. Su hija podría hacer el ridículo —le dijo Victoria muy bajito, intentando que Clara no la escuchara.

—¡Tonterías! Ese vestido es perfecto para mi Clara, pero ella no se atreverá a llevarlo si no se lo ofreces tú —el señor Driven tenía un brillo muy intenso en la mirada.

—Está bien, se lo ofreceré cuando se pruebe esos que le he dado.

Victoria miró el vestido en el maniquí, acariciando suavemente sus hombreras. Era un diseño único, capaz de hacer que cualquier mujer se destacara. Pero había un riesgo inherente: si era demasiado atrevido, podría convertirse en el blanco de las burlas de las damas más conservadoras de la fiesta.

—Mi Clara tiene que brillar esta noche, se lo prometí a su madre antes de que muriera.

—¿Por eso se quedó usted? ¿Por eso no ha cruzado ya al otro lado?

—Por eso y porque no puedo marcharme en paz sin ver a mi hija bien casada. Bueno, por eso y por lo otro.

—¿Lo otro?

—Sí, el broche de su madre, que nunca le entregué y que ahora me gustaría hacerlo, porque ese broche es perfecto para este vestido —le dijo a Victoria mirándola a los ojos.

—Está bien, dígame dónde está y yo se lo haré saber —Victoria suspiró, otra vez lo haría, añadiría una historia más a su historial de vidente entre sus clientas.

El señor Driven le dio indicaciones para que su hija encontrara el broche. Cuando Clara terminó de probarse los vestidos y se miró hasta desgastar los espejos, Victoria aprovechó para indicarle que tenía una pieza única que la ayudaría a triunfar esa noche. Se acercó al maniquí y Clara torció el gesto. En su mirada se reflejaba que le gustaba el vestido, pero había

temor y prudencia en sus ojos.

—No se parece a nada que haya visto antes —dijo.

—Bueno, el vestido es único y si esta noche desea llamar la atención de alguien, es una forma de lograrlo. Destacará sus encantos y combina con sus el color de su cabello.

Clara se acercó al maniquí y acarició la seda con pedrería bordada dibujando hermosas flores que jugaban con las transparencias del corpiño.

—Es arriesgado.

—Es único y tiene su color preferido, incluso combina con el broche de su madre —Victoria lanzó el anzuelo y se preparó para su numerito de vidente.

—¿Perdón? ¿El broche de mi madre?

—El broche que su padre guardaba para usted. El que aguarda en el tercer cajón de la cómoda en la que su madre acumulaba la correspondencia. Un día lo dejó allí y se olvidó de él y por eso no llegó a regalárselo en vida.

—¿Cómo lo sabe? ¿Lo vio al tocar mi mano al entregarme los vestidos?

—No, fue al verla salir de detrás del biombo, la vi con este traje que lleva puesto, pero en el reflejo llevaba este y el broche brillaba en su pecho. Entonces, la historia se materializó en mi mente y supe dónde podía encontrarlo.

—Eres buena en esto, Victoria. Pero ¿por qué no decirle la verdad? Podrías ayudar a los muertos a comunicarse con los vivos —el señor Driven estaba admirado.

—¿De verdad piensas que este es el vestido que debo llevar? —Clara parecía casi convencida.

—Absolutamente.

La muchacha dio un par de vueltas alrededor del maniquí y a la mitad de la tercera se decidió.

—Entonces no se hable más, me lo llevo.

Victoria envolvió con cuidado el modelo y lo introdujo en una caja que cerró con un lazo de seda azul, por supuesto. Despidió a la muchacha y le deseó mucha suerte en la fiesta. Le pidió que no difundiera lo que había

sucedido, lo del broche, y Clara le prometió ser discreta. Victoria no necesitaba ser vidente para saber que aquello no sucedería. Cuando la joven cruzó la puerta, el señor Driven se volvió hacia ella y le dio las gracias por todo. La modista lo vio deshacerse frente a ella y se preguntó si sería para siempre. Nunca había visto cómo un fantasma cruzaba al otro lado, simplemente dejaban de acompañar a sus clientas un día y ya no volvía a verlos.

¿Por qué no servir de intermediaria entre vivos y muertos?

Victoria lo tenía claro. Los muertos y los vivos no podían comunicarse por medios naturales y ella no debía meterse en medio.

Los vivos tienen que dejar ir a los muertos y los muertos no deben molestar a los vivos.

Se acercó a la puerta y echó el cerrojo. Ya estaba bien por hoy. Se adentró en su taller, se sentó a seguir trabajando un poco más en el vestido que tenía entre manos. Vio un hilo suelto y tuvo la tentación de arrancarlo.

Jamás arranques un hilo, jovencita. Para eso tenemos las tijeras.

Le gritó su antigua maestra, que había desaparecido hacía mucho tiempo, pero que seguiría gritando en su cabeza por mucho tiempo más.